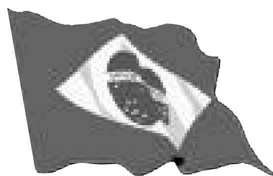


El poder de la influencia

[Si es posible, pida a una niña del departamento de primarios o menores que presente este relato en primera persona.]

Samara vive en el norte de Brasil. *[Localice el norte de Brasil en el mapa.]* Tenía sólo cuatro años cuando aprendió que los niños pueden hacer una diferencia para Jesús. Dejemos que ella misma nos cuente su historia en sus propias palabras.

Datos de interés

☛ Brasil es un país muy grande. Sólo cuatro naciones (Rusia, Canadá, China y los Estados Unidos) lo superan en tamaño.

☛ Brasil también tiene la selva más grande del mundo. Ésta rodea al río Amazonas y sus afluentes a medida que recorren desde la frontera con Perú hasta el océano Atlántico. *[Trace la ruta del Amazonas desde Perú hasta el Atlántico.]* Casi todos los ríos del norte de Brasil desembocan en el Amazonas.

☛ La exuberante selva tiene miles de variedades de plantas, animales, aves, reptiles y peces. Muchos de ellos no se encuentran en ninguna otra parte del mundo. ¡Unas setenta mil variedades de insectos viven allí, y los científicos aún no han encontrado a todas las variedades desconocidas existentes!

La pequeña maestra

Cierto día caluroso vi a un anciano vendiendo paletas de nieve [helados] en la calle cerca de nuestra casa. Le dije a mi madre que deseaba una, y me dio el dinero. Corrí a comprar la paleta y vi que el hombre tenía un cigarrillo en la mano.

—¿Usted fuma? —le pregunté. Él asintió con la cabeza, y le contesté:

—Sabe, es malo fumar, y hace que Jesús se ponga triste.

El hombre tiró el cigarrillo al suelo. Me dio la paleta y me siguió hasta mi casa. Cuando llegamos le dijo a mi mamá:

—Yo debería enseñarle lecciones a esta niña, y sin embargo ella me ha enseñado una lección. ¡No volveré a fumar jamás!

Después de eso, cuando el paletero pasaba frente a nuestra casa, se detenía y preguntaba:

—¿Dónde está mi pequeña maestra?

Con el tiempo, llegué a apreciar a este hombre, a quien le decía tío. Cierto día mi padre se encontró con él y le habló de Jesús. Lo invitó a que nos acompañara a la iglesia, y él dijo que lo haría, aunque vivía lejos de nosotros. Mi padre le explicó cómo llega hasta una iglesia más cerca de su casa. Él fue a la iglesia y aceptó a Jesús como su Salvador.

Cierto día, nuestro amigo pasó por nuestra casa y nos dijo que se bautizaría. Vivíamos dema-

siado lejos para asistir a su bautismo, ¡pero estoy muy contenta porque mi sencillo comentario de niña atrajo a un hombre de edad a los pies de Jesús!

Un nuevo amigo para Jesús

Cierto sábado de tarde estaba sentada en el porche de nuestra casa. Vi que nuestro vecino, un muchacho adolescente llamado Eduardo, estaba sentado en la entrada de su casa, a pocos metros de distancia. Comenzamos a hablar, y le pregunté si creía en Dios. Dijo que solía asistir a la iglesia con sus padres, pero cuando su padre murió, la familia dejó de asistir.

Lo invité a los programas del domingo de tarde que realizaba mi iglesia. No pudo ir ese domingo, pero fue el siguiente, y llevó a su hermanito, Marco. Les hablé del amor de Dios y les pregunté si les gustaría estudiar la Biblia con mi papá. Ambos estuvieron de acuerdo, así que el sábado por la tarde mi padre y yo estudiamos la Biblia con Eduardo y Marco. Cuando Eduardo terminó los estudios bíblicos, aceptó a Jesús y pidió el bautismo. Todavía yo no estaba bautizada, así que pedí bautizarme con él. Mis padres y el pastor se pusieron de acuerdo, y Eduardo y yo fuimos bautizados juntos. Fue un día feliz para los dos.

La familia de Eduardo ya se mudó a otro pueblo, pero él me dijo que está compartiendo el amor de Dios con otras personas, y está dando estudios bíblicos, y también se ha unido a un grupo pequeño en el pueblo donde vive. Estoy muy contenta porque Eduardo entregó su vida a Jesús. Su madre me dijo que es muy feliz al ver que sus hijos son adventistas. Dice que eso ha hecho una diferencia grande en su familia.

Muchas oportunidades para servir

Este año nuestra iglesia ha tenido una semana de oración para los niños, y el dirigente me pidió que predicara uno de los sermones. Me dio el sermón escrito, y tuve que aprenderlo. Este incidente fue un poco difícil para mí, y me puse muy nerviosa, especialmente cuando caminé hacia el púlpito y vi a toda la gente congregada. Pero oré, y Dios me tranquilizó.

Cuando llegó la hora de pasar al púlpito para hablar, ya no estaba nerviosa. Dios me ayudó a hablar con autoridad. Sabía que el Espíritu Santo me estaba guiando, así que al final invité a todos los que desearan entregar sus vidas a Jesús que pasaran adelante. Alrededor de quince personas pasaron al frente, y oré por ellas.

Encontré diferentes maneras de influir en la gente para que dejen que Jesús sea su guía. Estoy segura que Dios tiene muchas otras maneras de compartir su amor que él quiere enseñarme. He aprendido que la edad no hace ninguna diferencia. Pueden hablar a otros acerca de Jesús, ya sean jóvenes, ancianos o de cualquier edad. Por eso los invito a que salgan y le cuenten a muchos que Dios los ama. Y recuerden, sus ofrendas misioneras ayudan a que otras personas también conozcan a Jesús.